

CATHARES ET PROTESTANTS

Familles Rebelles et Histoire du Midi por Michel Jass Reseña bibliográfica comentada de Alberto R. Treiyer Julio 2019

En mi último viaje a las tierras albigenses en el sur de Francia, traté de ver si podía encontrar un libro protestante sobre los cátaros. No encontré el que había visto unos 14 años antes, pero todos me refirieron el de Michel Jass publicado en 2011, publicado por *Nouvelles Presses du Languedoc*. Ese libro no se encontraba actualmente en los museos y centros turísticos de la zona, pero todos pudieron darme la referencia. Lo conseguí luego por internet. El libro de 220 páginas contiene datos sobre la historia de los albigenses, pero más que historia de esa fe medieval de los S. XII al XIV, se propone trazar la línea genealógica y dogmática de la pre-reforma con la de los protestantes y hugonotes que se desarrolló a partir del S. XVI. También traza esa filiación geográficamente en torno a los mismos lugares en los que una vez habían predominado los albigenses.

Llama la atención el hecho de que por más que la Inquisición acabó con los reformadores del sur de Francia en los S. XIII y XIV, no pudo borrar la memoria de muchas familias y de las poblaciones que un siglo y medio después, apoyaron casi instantáneamente la reforma protestante cuando esto fue posible. También abrieron sus puertas a la rebelión militar hugonote en el S. XVII. El espíritu de rechazo al catolicismo papal permaneció latente hasta que, siglos después, se abrieron surcos para continuar su oposición a Roma.

Me gustaron del autor muchas cosas. Otras me decepcionaron. Tiene de positivo el análisis minucioso que hace de la actitud que los protestantes tuvieron para con la historia de los albigenses en los diferentes siglos que transcurrieron de protestantismo. Pero decepciona ver el distanciamiento actual de la mayoría de los protestantes con respecto a esa historia, porque no quieren ser vinculados con un movimiento hereje que presuntamente fracasó. Michel Jass mismo termina creyendo que los albigenses perecieron por haber fundado su fe en una posición que para él fue cerrada, revelada, e imposible de evolucionar. Pero luego de reconocer que el catarismo histórico murió, agrega que “el protestantismo regional [actual también] está medio muerto” y que, “tal vez el redescubrimiento del catarismo” terminará desplazando “la referencia a Lutero o a Calvino” en “la sensibilidad protestante” (166).

¿Por qué tales afirmaciones? Porque rescata del catarismo su espíritu rebelde contra el autoritarismo papal, y su negación de las doctrinas erróneas del catolicismo. Pero en cuanto a la declinación mortal actual del protestantismo, nos resulta claro, leyendo su libro, que se debe a que tanto él, como el protestantismo moderno en general, han perdido la visión apocalíptica que los albigenses tuvieron. Al promover el ecumenismo, es evidente que Michel Jass no cree como creyeron los protestantes y los albigenses en lo pasado, que la Iglesia Católica Romana es la Gran Babilonia del Apocalipsis. En efecto, el llamado final de Dios al mundo, “salid de allí pueblo mío”, es un golpe de muerte al ecumenismo moderno. Y el grado de ecumenismo que cada cual llegue a desarrollar, estará en proporción directa a la creencia o incredulidad en ese llamado divino y su aplicación para nuestros días.

La discusión sobre el origen y nomenclatura de la fe albigense

Cuando hace unos 15 años visité “el país cátaro”, según gustan llamar hoy los franceses a los lugares que poblaron los antiguos albigenses, tuve en mis manos en el museo de Montsegur, un libro protestante sobre la historia de los albigenses. Miré rápido algunas cosas de ese libro, especialmente sobre los orígenes, y recuerdo haber visto que trazaba el origen de los albigenses a una religión mística del oriente. Esa referencia me hizo vacilar si comprar realmente el libro ya, o esperar para tener mayor información más

adelante. Siendo que entonces estábamos con mi esposa yendo a visitar a mi hermano quien enseñaba en el Seminario Adventista de Collonges, pensé que tal vez podría encontrar ese libro en la biblioteca del seminario. Pero no lo encontré, lo que me chasqueó porque a mi entender, nuestras bibliotecas tendrían que tener todo material disponible importante para nuestra visión profética de la historia. Y lamenté no haberlo comprado en el museo de Montsegur, porque ya no iba a volver por ese camino.

Al leer el libro de Michel Jas ahora, me alegré porque es un libro posterior y refuta definitivamente ese presunto origen indú de la religión albigense. Siendo que estaba por publicar mi libro *The Seals and the Trumpets*, donde abordo el papel de los albigenses en la historia profética que profesamos, pienso hoy que tal vez Dios me libró de introducir un tema en mi libro para el cual no estaba preparado aún. Michel Jas asegura ahora que un coloquio sostenido en Nice, en 1999, terminó demostrando que un tal concilio cátaro de Saint-Félix-de-Lauragais, que habría tratado de “estructurar la herejía cátara en torno a un dignatario hereje que vino del oriente (Niquinta) en obispos y diáconos al concluir el S. XII, nunca existió”. Ese fue un testimonio falso fabricado por la Inquisición en el S. XIII que a su vez fue reconstruido en el S. XVII. “Los textos de la Edad Media exageran la amplitud de la herejía para justificar mejor la represión” (48).

El segundo error que por muchos años se estuvo propagando tiene que ver con el origen del nombre “cátaros”. Por largo tiempo se creyó que el nombre provenía de los albigenses mismos quienes se consideraban a sí mismos como “puros” (del griego *katharoi*). Pero ese es un error. Michel Jas confirma que “los herejes nunca se designaron a sí mismos por ese término” (47). Como lo he demostrado en mis libros, la calumnia papal contra los albigenses era que adoraban el trasero de un gato, para lo cual se inventaron varias leyendas. En su lugar, ellos se llamaban a sí mismos “Buenos hombres” o “Buenas mujeres” o “Buenos cristianos”, en referencia a sus aspiraciones religiosas. También se referían a sí mismos como “Amigos de Dios” o “Amigos de Jesús”. Jas dice, textualmente:

“Desde hace algunos años, se hizo una revisión bastante radical sobre lo que se nombraba *catarismo*... Desde *katze/ket* (gato), por burla, se nombró a los herejes como adoradores del gato (encarnación del diablo)... Fueron llamados *ketter/ketzer*, cátaros, primero en Alemania, luego asociados al término *patarín* en el norte de Italia, y finalmente en Occitania, antes de la cruzada [contra los albigenses], junto a los términos [despectivos de] *arrianos*, *maniqueos* y *albigenses*” (47).

Pero nuevamente debemos preguntarnos, ¿de dónde provino la fe albigense? Michel Jas no especula demasiado sobre ese tema, pero menciona que los protestantes en el pasado creyeron que los mal llamados “cátaros” provinieron de los Valdenses, algo que no favorece porque la conexión que ofrecieron es, históricamente, demasiado tardía (fines del S. XII). El vínculo entre los valdenses y los albigenses, sin embargo, es indiscutible, algo que Jas acepta pero procura relativizar por no estar de acuerdo con algunos puntos de la fe albigense que consideraremos más tarde. Leí en otro libro que hubo incluso nombres valdenses en la lista de los que murieron en Bezier ante la cruzada papal al comenzar el S. XIII. Y en la introducción a la traducción francesa del único libro cátaro que sobrevivió a las llamas de la Inquisición, *Cristina Thouzellier* menciona algunas reuniones entre esas dos comunidades religiosas, en un intento de unificar sus creencias.

Otros buscan paralelos en algunas creencias cristianas del oriente. Pero si tales paralelos existen, no significa necesariamente que hubiesen tenido un contacto directo, o que la fe albigense hubiese provenido de un presunto vínculo oriental. Desde la perspectiva temática, la Inquisición vinculó a los albigenses con los *maniqueos*, por su presunto dualismo sobre la existencia eterna del bien y del mal (algo discutible también sobre los maniqueos). Pero como lo admite Jas, Lutero y los primeros protestantes fueron igualmente acusados de maniqueos y donatistas. Por tal razón, los protestantes en siglos posteriores trataron de rechazar tal acusación, y al mismo tiempo lavar la memoria de los albigenses que para ellos,

habían sido calumniados de igual manera (46). Los mismos albigenes se defendieron contra tales calumnias, según se pudo ver en *El Libro de los Dos Principios*. La Inquisición destruyó todos sus escritos.

¿Orígenes temáticos o genealógicos?

Los *Testigos de Jehová* se vinculan a sí mismos y los identifican otros también con Arrio, quien negó la deidad de Cristo en el S. III. Pero no hay ningún vínculo genealógico ni histórico que pueda trazarse como una versión continua e ininterrumpida que llega hasta ellos. Algo semejante hacen los *Unitarios Universalistas*, quienes además de vincularse con Arrio, lo hacen en tiempos más recientes con Miguel Servet en el S. XVI por su negación de la Trinidad. ¿Con quién se identifican los protestantes? ¿Con Lutero? ¿Con Calvino? ¿Y con quiénes se identificaron ellos en lo pasado para legitimar su fe?

Es legítimo preguntarse sobre el origen de una religión, porque en la Biblia vemos cómo los profetas, Jesús mismo y los apóstoles, identificaban el endurecimiento del corazón de sus enemigos con hechos del pasado (Isa 1:10; Jer 23:14; Eze 16:49; Gál 4:24-25; Apoc 11:8, etc). La historia cuenta, tiene significado. Y eso lo sabe muy bien la Iglesia Católica que vive tratando de limpiarse de tantos hechos horribles que cometió en el pasado. Además, cuando apareció el protestantismo, los represores católicos recurrieron a la historia para acusar a los protestantes de ser una religión nueva. Mientras que los católicos pretendieron poder remontarse a los orígenes del cristianismo por la presunta sucesión apostólica, pretendieron también que los protestantes eran innovadores y, por lo tanto, herejes.

Nuevamente, ¿con quién se identificaron los primeros protestantes en el S. XVI? Aunque Lutero admiraba más a Agustín (S. V) que a Tomás de Aquino (S. XIII), tanto él como los demás reformadores no se preocuparon por trazar genealógica o sucesivamente su historia a otros grupos religiosos que aparecieron a lo largo de los siglos. Simplemente se aferraron al fundamento de la fe cristiana, la Biblia, como único documento legitimador del origen divino de su credo. Esto hicieron también los albigenes y los valdenses antes que el protestantismo. Ellos entendieron que la legitimación de una religión no se mide por una sucesión mecánica y externa, sino por las enseñanzas de la Biblia.

Pero entonces, ¿qué pasó en el medio de esa historia que llevaba más de un milenio? ¿Cómo explicar la interrupción de las enseñanzas de la Biblia durante tantos siglos en la Edad Media? Lamentablemente Michel Jas no recurre a la orientación y anticipación apocalíptica de la Biblia para explicar esa ruptura con el pasado, aunque reconoce que tanto los albigenes como los protestantes recurrieron profusamente a esa proyección apocalíptica para explicar el desfasaje histórico. Dios había anticipado un abandono de la fe original, que Pablo llamó “apostasía” basándose en las profecías de Daniel (2 Tes 2). También el apóstol Juan amplificó esa predicción (Apoc 18). La plena restauración de la verdad, según esos profetas, vendría al final (Apoc 12:17; 14:6-12).

Nosotros, los adventistas, ponemos el énfasis en la historia profética del “remanente” que, entre la Primera Venida y la Segunda Venida de Cristo, sufriría tribulaciones y aún sería vencido (Dan 7:25; Mat 24:29; Apoc 6:9-10; 12:13-15; 13:7, etc.). Pero en la época final, ese remanente se destacaría por guardar los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, su verdad, confirmada por el testimonio de Jesús que es el Espíritu de profecía (Apoc 12:17; 14:12; 19:10). Aún así, no dejamos de ver también la importancia de trazar la historia de nuestra fe desde los días de Cristo hasta hoy. Por tal razón gastó 15 años Leroy Froom a mediados del siglo pasado, buscando en la historia testimonios sobre *La Fe Profética de Nuestros Padres*. Sus cuatro tomos son hasta hoy imponentes, una fuente de información apreciada aún por muchos no adventistas. También trazó la historia de la creencia en la inmortalidad condicional sostenida por numerosos cristianos en dos mil años de existencia. Todo esto, sin negar que lo más importante es basarnos en la Biblia como nuestra única fuente de fe y creencias.

Es llamativo, en este contexto, que E. de White destacase que siempre hubo quienes guardaron el verdadero sábado (el cuarto mandamiento), a lo largo de toda la historia. Esto muestra que para Dios también, la historia cuenta. Para probar la existencia de guardadores del sábado a lo largo de los siglos, la Iglesia Adventista también preparó un libro monumental en 1982 titulado, *The Sabbath in Scripture and History*. Y así podríamos mencionar otros libros más que fundamentan nuestra fe con testimonios encontrados en la historia. De manera que más que un legado sanguíneo o eclesiástico, lo que cuenta es que la verdad divina nunca quedó trunca. Siempre hubo fieles portaestandartes que mantuvieron la fe original durante toda la era cristiana.

Hubo, sin embargo, una ruptura generalizada producida por la apostasía medieval. Michel Jas reconoce que “la degeneración de la Iglesia”, para los primeros protestantes, “comenzó según ellos muy pronto: de la época apostólica, dadas las dificultades del apóstol Pablo frente a las iglesias de los Gálatas y de Corinto” (46). Al poner el énfasis en *Sola Scriptura*, los reformadores rompieron en el S. XVI con toda tradición apóstata que no estaba fundada en la Escritura. Por tal razón, el historiador hugonote Jacques Lenfant declaró que “la Reforma no tiene necesidad de buscar orígenes, ya que tiene sus archivos en el Evangelio” (47). Por eso les fue fácil a los Protestantes evitar caer en la trampa de querer “atribuirse alguna genealogía imaginaria” (46).

Aun así, el vínculo genealógico que busca Jas de los albigenses con los protestantes que aparecieron un siglo y medio después en el Languedoc, y que se desarrolló en torno al mismo territorio de los antepasados albigenses, no es desestimable. Muestra que la persecución, aplastamiento y exterminación de los presuntos herejes por el papado romano, no pudo borrar por completo la huella dejada en la mente de los descendientes de generación en generación. Jas trae a la memoria que los inquisidores se atacaron primero a los presuntos herejes, y luego a sus hijos. Pero la historia nos muestra que Dios guarda esa generación de mil maneras, para evitar que la versión divina del evangelio se extinga. Basta una puerta que se abra en la búsqueda de libertad, para que inmediatamente encuentre acogida en los descendientes de esas generaciones que habían sido aplastadas.

Dios vio lo mismo en el desarrollo de las generaciones de la antigüedad. Él seguía la maldad de los padres sobre los hijos, hasta la tercera y cuarta generación, y a veces hasta la décima generación (Éx 20:5; Deut 23:2-3,8). Pero también extendía su misericordia hacia millares que se arrepentían, cuya genealogía benevolente también puede seguirse hoy en la historia bíblica (Éx 20:6). Incluso se promete a las diez tribus de Israel que habrían dejado de ser pueblo de Dios, y cuya genealogía carnal sucumbió por completo, reaparecer nuevamente en aquellos que eran paganos y por consiguiente, tampoco eran pueblo de Dios, al convertirse al evangelio (Os 2:23; Rom 9:25). También el último remanente de la simiente divina, se lo presenta como proviniendo de la iglesia original que fue perseguida durante siglos (Apoc 12:17).

Esa misma necesidad de analizar el desarrollo de la descendencia de la simiente de la mujer que se materializa en Cristo y en sus seguidores, y la descendencia de las genealogías apóstatas, una vez que este mundo es destruido, se proyecta como trasfondo del juicio milenial. “Vi tronos”, dijo Juan, “y se sentaron sobre ellos los que recibieron autoridad para juzgar” (Apoc 20:4; véase 2:26-27). Será un privilegio unir entonces, con los registros completos del cielo, los eslabones a menudo invisibles que unieron a muchos hijos de Dios a lo largo de los siglos, y cuya influencia positiva se perpetuó a lo largo de la historia (Sal 56:8; Neh 13:14,22,31). “Entonces volveréis, y veréis que hay diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios, y el que no le sirve” (Mal 3:16-18).

Tres vínculos temáticos de los albigenses con el protestantismo

Michel Jas destaca tres vínculos indiscutibles entre los albigenses y los protestantes que vinieron después, además de la fe en la Biblia como único fundamento de su fe. No da más vínculos porque los limita a sus

creencias personales y al protestantismo actual que profesa, como por ejemplo el hecho de que los albigenses no bautizaban los niños como lo hacen la mayoría de los protestantes europeos (esto lo afirma Jas más definidamente en un youtube posterior([<https://campusprotestant.com/video/nos-freres-cathares/>]). Pero es verdad que los tres enlaces que propone se manifiestan en forma unánime en todos los disidentes del romanismo católico.

En los protestantes. “Más allá de su diversidad sacramental y confesional”, nos dice nuestro autor sobre el protestantismo del S. XVI, “existe una distanciaci3n radical con respecto a la Iglesia romana, com3n a cada una de sus 3pocas y en todas sus tendencias” (97). Se trata de “una tendencia general, una predisposici3n, un pre-protestantismo difuso y popular que precede a las estructuras doctrinales precisas” posteriores. Este retrato del protestantismo lo ve “en el triple rechazo que la Reforma opuso un3nanimemente al catolicismo” en la f3rmula de “un hombre, una mujer y una cosa... , a saber: el papa, Mar3a y el sacrificio de la misa” (98).

“El pre-protestantismo *comienza* por una desilusi3n profunda” contra la pretensi3n papal de equipararse a Dios, asumiendo una postura arrogante e infalible. Lutero le escribi3 as3 al papa Le3n X: ‘Oh, Le3n, mi Padre, no escuche esas sirenas que le dicen que Ud. no es un hombre, sino algo equivalente a un Dios’ (Carta de Wittenberg, Septiembre 1520). Y de all3 rechazaron tambi3n hasta cierto punto, el concepto de que la iglesia reina aqu3 abajo.

El segundo rechazo tuvo que ver con el culto mariano, y con ello el culto de todos los santos y la veneraci3n a todas las reliquias. Para los protestantes, “el culto mariano y el de los santos contradice, traiciona y desnaturaliza profundamente el monote3smo estricto” (100). Esto lo advert3a ya Agust3n en el S. V, cuando las reliquias paganas se estaban mudando al cristianismo con nombres de santos para ser venerados y dirigirles plegarias como si fueran Dios.

El tercer punto de convergencia protestante se encuentra en “el rechazo de la transubstanciaci3n de la misa (milagro sobre la naturaleza y repetic3n del sacrificio salvador), as3 como en el abandono de las ceremonias exuberantes o misteriosas que la acompa3an, hasta la aberraci3n de las indulgencias... El protestantismo desconf3a del aparato y espect3culo de las ceremonias pomposas, de un decoro demasiado llamativo” (100-101). “Las mismas connotaciones cr3ticas, espirituales y austeras sostienen en la Edad Media al triple rechazo por el cual los c3taros se invistieron a s3 mismos tambi3n” (101).

En los albigenses. En el primer aspecto que tiene que ver con el rechazo a la autoridad papal, los c3taros se opusieron m3s radicalmente que nadie al concepto de que la iglesia reina ac3 en la tierra. Ese fue tal vez el punto m3s sensible para el papado romano, porque los *Amigos de Jes3s* declararon que ac3 abajo reina siempre el pr3ncipe de este mundo, Satan3s y su anticristo el papa. Por eso los inquisidores los calumniaron como siendo dualistas, por pretender que existen dos dioses eternos, uno del bien en el cielo, y otro del mal en la tierra. “Hay dos iglesias”, dec3an los albigenses, “una que huye y perdona (Mat 10:23), la otra que posee y despelleja’. Un cristianismo reina, el otro no”. “Lo que prima entre ellos [los albigenses] es el hecho de sentirse ‘en el mundo, sin ser del mundo’ (Jn 18:36-37)” (101).

Lamentablemente Jas, como la mayor3a de los historiadores hoy, parece aceptar la acusaci3n de la Inquisici3n como v3lida en lo que respecta al presunto dualismo c3taro, aunque en un youtube posterior, *Nos Freres Cathars* (2017), da a entender que su dualismo no es absoluto, y que todo aquel que es perseguido como lo fueron los albigenses, este mundo ser3 siempre malo, pero que ese hecho no les impidi3 afirmar que el bien vencer3 [<https://www.youtube.com/watch?v=gewGwukRY2A>]. Adem3s, el 3nico libro de los albigenses que escap3 de la destrucci3n inquisitorial y que fue encontrado en el S. XX, muestra c3mo ellos rechazaron esa malvada acusaci3n.

En su libro *The Perfect Heresy: The Life and Death of the Cathars*, Stephen O'Shea parece haberse enterado de la existencia del *Libro de los Dos Principios* al concluir su libro, y de que prueba que no eran dualistas que creían en dos dioses eternos. A pesar de eso, no quitó la calificación de dualista que refiere de los cátaros, por el simple hecho, según afirmó, de que son conocidos como tales hoy. De todas maneras, su libro es una fuente extraordinaria sobre las cruzadas, aunque mayormente basado en la documentación que dejaron los inquisidores. Pero Jas y O'Shea reconocen la tendencia de los opresores de los albigenses en exagerar y difamar a sus enemigos.

Es cierto que *El Libro de los Dos Principios* enfatiza de a momentos grandemente el contraste entre el bien y el mal. Pero lo mismo podría decirse de algunos pasajes bíblicos si se los considera fuera de contexto. Pablo habló del “dios de este siglo” (2 Cor 4:4), y Jesús habló del “príncipe de este mundo” (como lo especificó ese libro), en referencia a Satanás, quien reina en los hijos de los hombres (Jn 14:30; véase Mat 20:28; Luc 22:25). Y eso no implica que Jesús y los apóstoles creían en la eternidad de Satanás. No faltan, por consiguiente, quienes consideran que el presunto dualismo albigense hay que juzgarlo dentro de la óptica bíblica. Y *El Libro de los Dos Principios* prueba que Lucifer era un ángel que cayó del cielo, se volvió un demonio y será destruido en el fin del mundo (véase nuestro comentario en otro documento).

En la actualidad la mayoría de los historiadores católicos, protestantes y agnósticos, manifiestan desprecio por los albigenses en base al dualismo presuntamente maniqueo que habrían profesado. Esos historiadores aceptan el testimonio de los inquisidores sin tener en cuenta que también acusaron a Lutero y a otros reformadores de ser maniqueos dualistas, y condenaron a muchos protestantes a ser quemados en la hoguera por ser hechiceros y brujos. Esa acusación contra los protestantes no pudo prosperar porque la Inquisición no pudo aniquilar la Reforma Protestante. Lo mismo pasó con los Valdenses, quienes fueron etiquetados como herejes al mismo nivel que los Albigenses. Pero los Valdenses sobrevivieron y pudieron vindicar sus creencias cristianas. Además, los Amigos de Jesús constituyeron una amenaza más grande a los sueños supremacistas del papado, porque crecieron mucho y estuvieron representados por toda Europa.

La condenación de los albigenses como siendo dualistas se la mira como una velada justificación a la represión salvaje que sufrieron del papado romano. Pero, ¿acaso no es más aberrante la pretensión romana de un papa que pretende arrogantemente ocupar el lugar de Dios en la tierra? Si una ejecución debía efectuarse para erradicar una presunta herejía, ¿no habría estado más justificado ejecutar los prelados papales que pretendían perdonar pecados, requerían venerar a los santos y a las vírgenes, suplantar la Palabra de Dios por la tradición, y tantas herejías adicionales desde la perspectiva bíblica, que introdujo el cristianismo romano a lo largo de los siglos?

Jas reconoce que “hubo debate interno entre los cátaros y diversidad protestante” (96), como lo hay hoy en muchas iglesias y credos. De manera que no podemos atribuir a todos los albigenses lo que algunos pocos pudieran haber creído en determinado momento. Jas nos hace recordar también que “el primer luteranismo fue denunciado como maniqueo” (99). Pero el Libro de los Dos Principios prueba que todos los albigenses creían en un único, supremo y eterno Dios, y que Lucifer que se transformó en un demonio será finalmente destruido con todos los que se sometieron a su reino. Nunca olvidemos que los que se niegan a leer en la historia lo que no les gusta, terminarán siendo condenados por repetirla. Ese es el cuadro apocalíptico que encontramos en la Biblia, donde se nos asegura que este mundo no pasará sin una confrontación dramática y final (Apoc 12-18).

El segundo rechazo se manifestó entre los Amigos de Jesús o Buenos Hombres contra la idolatría mariana. Rechazaron la designación de María como “Madre de Dios”, porque Cristo vino en carne (1 Jn 4:2), lo que para ellos implicaba que Jesús era divino. “Una de las marcas distintivas aún del catarismo comparado con las otras disidencias cristianas de la Edad Media consiste, precisamente, en su rechazo

total tanto de las iglesias como de las imágenes, reliquias y toda suerte de piedad secundaria que pudiese desviar al creyente del único verdadero Dios: el Padre de Jesucristo y donador del Espíritu Santo”. También afirmaron los despreciados cátaros que “las representaciones de la virgen y de los santos son inútiles para provocar milagros; en todo caso estos no pueden provenir de Dios, ‘pues la carne y la sangre no pueden heredar el Reino de Dios’ (Cor 15:50)”. Aquí se pregunta muy bien si tal concepto debía interpretarse como un desencanto con el monoteísmo (102).

“La oposición al milagro eucarístico aparece como una constancia del radicalismo dualista. Ningún otro movimiento hereje de la Edad Media rechazó tan fundamentalmente la transustanciación”. Esto se ve en “los últimos vestigios de esta religión en el S. XV, según el índice de los registros perdidos de la Inquisición de Carcasona” (102-103). En 1595 declaraba el pastor Chassanion, que “es fácil ver lo que rechazaban los albigenses, la intercesión de los santos, las oraciones por los muertos y el purgatorio, porque veían que tales cosas no eran sino invenciones humanas, y no artículos de fe fundados sobre la Santa Escritura”. También consideraba “como calumnias sin fundamento” las supuestas particularidades albigenses como “la transmigración pitagórica de las almas, el rechazo de los libros de Moisés, del bautismo de los niños, del sacramento del altar, del matrimonio y de la unicidad de Dios” (103).

Otro historiador protestante del S. XVI destacó que “los albigenses condenaban la tiranía ambiciosa y cruel, las tradiciones, las supersticiones e idolatrías de la iglesia romana, que consideraban como contaminada, escupida de la doctrina de los diablos, Babilonia, madre de fornicaciones y abominaciones, asesina de los santos, y el Papa Anticristo; detestaban la misa y la adoración de la hostia de los sacerdotes, amén del purgatorio, las oraciones idolátricas y supersticiosas; enseñaban que no debía obtenerse salud y vida eterna por otro medio que no fuese Jesucristo” (103).

“Es por su lado negativo que el protestantismo pudo unirse al catarismo... Los reformadores de las primeras generaciones no se avergonzaban de asociar la Reforma con el catarismo, reduciéndolos a un común denominador, la negación de las supersticiones católicas” (104). A la pregunta de sus enemigos, ¿dónde estaba vuestra Iglesia antes de Calvino o Lutero? Los protestantes respondían con otra pregunta: “¿Dónde estaba la Iglesia de Roma en los tiempos de los apóstoles?” Del lado positivo, se resalta que tanto la pre-reforma albigense como la protestante del S. XVI “valorizan el lenguaje bíblico” (107).

Algunos vínculos genealógicos y geográficos entre las dos Reformas

Lo que es nuevo para mí, es que quedaban algunos vestigios de los albigenses en 1329 con cuatro que fueron condenados a la hoguera, y a lo largo del S. XIV hasta comienzos del S. XV en las tierras del sur de lo que hoy pertenece a Francia. Los estudios albigenses y de aquella época continúan aumentando. Por lo cual esta novedad de la subsistencia albigense más allá del S. XIII, aparece en los registros de la Inquisición en Carcasona. Allí se menciona una condena de cátaros en lugares circundantes, que tuvo lugar en 1335, otra en 1340, en 1352, en 1364, entre 1352 y 1400 en Carcasona mismo, y aún en 1422 en relación con una herejía acusada de ser docetista (tendencia dualista), en un lugar no precisado (72).

Las condenas de la Inquisición en Carcasona recomienzan en 1531 y 1547 ahora ya con protestantes. También uno de los libros inquisitoriales contiene la mención de condenas por el crimen de la herejía de 1324 a 1328 y de 1536 a 1552, como si no hubiese cambio de siglos (73). Los reyes católicos reorganizaron en esa época el Santo Oficio de la Inquisición, y establecieron uno de sus tribunales en Barcelona, poco conocido hasta hace poco y sobre el cual se está investigando actualmente. Ese tribunal inquisidor de Barcelona detectó protestantes en su territorio a los que persiguió y condenó en 1539, 1552 y sobre todo después de 1560.

De los 354 condenados por el Santo Oficio de Barcelona de 1539 a 1598, entre el 29 al 32 % de los nombres poseían nombres que pertenecían anteriormente a cátaros occitanos que habían sido condenados

más de un siglo y medio antes. Esos 354 condenados son testigos de una población protestante integrada, pacífica, aunque regularmente perseguida. Dos años antes de la masacre de San Bartolomé, ese tribunal de Barcelona trabajaba sobre una lista de 1200 herejes que recubrían toda la sección alta del país (82-86).

No me detendré aquí para traer la abundante información que nos trae nuestro autor mostrando que los hugonotes protestantes se establecieron a menudo en las mismas casas y lugares en donde dos siglos antes se reunían los cátaros, y a veces con los mismos nombres. Toda la información que trae nos hace pensar que, aunque permanentemente perseguidos y muy debilitados, subsistió una fe subterránea casi ininterrumpida en todo el Languedoc. El manifiesto anónimo de 1703, *Manifiesto de los Protestantes* sobre su toma de armas, impreso en Holanda y distribuido en los Cévennes, anunciaba: “Los pueblos de Cévennes se han mantenido siempre en la religión que profesan, varios siglos antes de la Reforma. Su país se vio en otras épocas lleno de Valdenses y Albigenses si hay que distinguir entre unos y otros. Parece por diversos actos que profesaban una misma religión que los reformados actuales..., su celo se reencendió al comienzo de la Reforma. En menos de nada todo ese país se vio reformado, y lo ha estado desde entonces” (89-90).

También la información que nos trae Michel Jas da prueba de un vaciamiento de gente en las ciudades del sur de Francia después de la represión de las cruzadas papales para exterminarlos, y la tarea de paciencia casi infinita de la Inquisición para extirparlos mediante todo método de tortura inimaginable. Los instrumentos de tortura se pueden ver hoy en Carcasona donde existió un tribunal de la Inquisición. “Entre los S. XIII y XVI, muchas ciudades del Sur habían disminuido hasta la mitad. Sin duda, esa tragedia debió borrar la lamentable evidencia de la extinción del catarismo—que se reconstituyó a pesar de eso con vigor alrededor de los hermanos Autier en el S. XIV... Todo el sur como toda Europa, fue afectado por un hundimiento demográfico, y particularmente en ciertas zonas como los Corbieres (la disminución de fuego llegó según las ciudades de 35 a 70%” en algunos pueblos (115). “El desplazamiento demográfico explica y hace más complejo sin duda también el desplazamiento hereje” (116). Y fue repoblada de oeste a este, y de norte a sur.

La lucha contra los protestantes entonces, que se había extendido a muchos lugares de Francia, llevó al reino de Francia a producir la masacre espantosa de San Bartolomé en 1572. Ese exterminio se extendió hacia el sur de nuevo, y de 1549 a 1560 muchos protestantes del sur emigraron a Ginebra” (131). De 1600 a 1800 condenaciones se dieron contra los hugonotes de la región del sur del 25 de mayo al 17 de diciembre de 1562. Más de 10.000 nombres patronímicos han podido probar hoy el enlace sanguíneo entre los albigenses antiguos que fueron procesados y los protestantes posteriores en el mismo territorio que una vez perteneció a los Amigos de Dios.

No hay que olvidar que desde mediados del S. XI, “el nombre del padre se pone en genitivo y se vuelve hereditario”. Y “hacia el S. XII, los nobles agregan a su nombre de bautismo y/o al nombre-sobrenombre heredado, el lugar de residencia fortificado” (145). De allí que la conexión patronímica pueda establecerse hoy con facilidad. “El estudio de los nombres patronímicos del sur nos permite entrever (con muchas otras coincidencias), que en el Languedoc occidental, una aristocracia rural, o miembros de linajes plebeyos más o menos importantes, optó a dos siglos de distancia, dos veces por la herejía. Se puede afirmar que la homonimia cátara es más importante entre los protestantes en esas regiones que en las poblaciones que determinaron detener, o al menos frenar, la Reforma” (147).

A esto se suman “las fuentes cátaras occitanas del coloquio de Montreal. Los protestantes del sur recuperaron allí manuscritos que presentaban el punto de vista opuesto al que daban las crónicas católicas del medioevo, tal vez en Montreal que fue ocupado por los hugonotes... Esos originales recopiados y mal traducidos se dispersaron cuando sus descubridores fueron desposeídos de sus bienes tanto inmobiliarios como de sus bibliotecas y manuscritos. Gracias a esos autores tan diferentes..., la historia del coloquio de Montreal alimentó la representación que se hicieron los protestantes de su historia. Eso les permitió a las

iglesias que provinieron de la Reforma, hasta la ortodoxia protestante de mitad del S. XIX, una identificación al albigeísmo tan fuerte como al valdeísmo, por la referencia directa o indirecta al coloquio de Chanforan” (150).

Conclusión

Jas se pregunta varias veces al final, y de diferente manera, sobre cuántos conocen hoy las luchas del pasado que sufrieron tantos hombres de fe. Al constatar la escasez de interés en toda esa historia olvidada por la mayoría, concluye que el protestantismo hoy está “medio muerto”. Eso implica que perdió el espíritu de lucha, la razón para justificar su existencia. Y a nuestro entender, su tendencia ecuménica que refiere al final, es la causa de esa pérdida de vitalidad que tantos como él en el mundo protestante padecen. Sólo un reavivamiento apocalíptico como el que tuvieron los albigenses y los protestantes históricos puede regenerar el protestantismo actual. Eso les ayudaría a ver el engaño del ecumenismo moderno, y descubrir la trama que esconde el diablo al buscar unir al mundo en la apostasía final.

La actitud ambivalente de Michel Jas hacia los albigenses es otra causa de su pesimismo final. De a momentos mira al catarismo en forma positiva, y luego, en un intento que nos parece excesivo de objetividad ante los críticos de la historia, su mirada retrospectiva se vuelve negativa. Mientras que a veces acerca los cátaros a los protestantes, en otras ocasiones procura marcar la diferencia. Pero nos alegró que estuviese destacando más recientemente la relación tan estrecha que había entre albigenses y valdenses. Comenta que ambos compartían manuscritos de la Biblia, y se rendían servicio los unos a los otros, aunque como en el protestantismo posterior, había diferentes posiciones con respecto a ciertos temas. Todos, sin embargo, tenían en común el principio que Lutero establecería más tarde en latín de *Sola Scriptura* [<https://campusprotestant.com/video/nos-freres-cathares/>]

Nuestro autor concuerda con Anne Brenon quien escribió: “El catarismo fue el único movimiento que rechazó toda posibilidad de compromiso con Roma y el único a exponerse como contrarios a la Iglesia, en la legitimidad de una filiación apostólica. Fue también el único en no poder evolucionar, debido justamente al carácter absoluto y terminado de su doctrina de revelación y Salvación”. Y Jas agrega que “lo único que pudo transmitirse del catarismo a la Reforma fue la memoria”. Pero, ¿acaso es poca la transmisión de su memoria con el testimonio de fe que dejaron de estar dispuestos a dar su vida por ella? ¿No animó y vigorizó la Reforma ese testimonio en el sur de Francia?

Una reflexión igualmente pesimista lleva a Jas a reconocer también que “la memoria del protestantismo histórico se ve fragilizada. El recuerdo identitario familiar que recorría fácilmente uno o dos siglos..., no es hoy más operativo. Son otras memorias y otras integraciones las que están en juego” (166). ¿Cuáles? ¿El secularismo? ¿El ecumenismo que pone en el olvido el pasado? Cree Jas que “la memoria protestante tendría hoy sin duda que reinventarse o a lo menos recuperarse” si el protestantismo quiere revivir.

Luego nos sorprende Jas al dejar la puerta abierta al final para decir que “el redescubrimiento del catarismo” puede terminar desplazando la memoria de Lutero y Calvino (168). ¿Qué aspecto del catarismo considera necesario para reavivar el protestantismo? “Su identidad rebelde, sin que se trate de emprender de nuevo la guerra”. El sur de Francia, según él, reveló una “vocación al debate y a la insumisión” (165-166).

Yo no creo, sin embargo, que haya que poner a un lado ni a Lutero ni a Calvino. Pero si debe redescubrirse a los *Amigos de Jesús* o *Buenos Hombres* para traer nueva vida al protestantismo, será para recobrar esa fidelidad que tuvieron hacia la revelación divina sin transigencias con la religión de Roma y del mundo. Concluyo con las siguientes declaraciones de E. de White sobre los albigenses que la historia hoy confirma plenamente.

“Aunque sumida la tierra en tinieblas durante el largo período de la supremacía papal, la luz de la verdad no pudo apagarse por completo. En todas las edades hubo testigos de Dios, hombres que conservaron su fe en Cristo como único mediador entre Dios y los hombres, que reconocían la Biblia como única regla de su vida y santificaban el verdadero día de reposo. Nunca sabrá la posteridad cuánto debe el mundo a esos hombres. Se les marcaba como a herejes, los móviles que los inspiraban eran impugnados, su carácter difamado y sus escritos prohibidos, adulterados o mutilados. Sin embargo permanecieron firmes, y de siglo en siglo conservaron pura su fe, como herencia sagrada para las generaciones futuras.

“La historia del pueblo de Dios durante los siglos de obscuridad que siguieron a la supremacía de Roma, está escrita en el cielo, aunque ocupa escaso lugar en las crónicas de la humanidad. Pocas son las huellas que de su existencia pueden encontrarse fuera de las que se encuentran en las acusaciones de sus perseguidores. La política de Roma consistió en hacer desaparecer toda huella de oposición a sus doctrinas y decretos. Trató de destruir todo lo que era herético, bien que se tratase de personas o de escritos. Las simples expresiones de duda u objeciones acerca de la autoridad de los dogmas papales bastaban para quitarle la vida al rico o al pobre, al poderoso o al humilde. Igualmente se esforzó Roma en destruir todo lo que denunciase su crueldad contra los disidentes. Los concilios papales decretaron que los libros o escritos que hablasen sobre el particular fuesen quemados. Antes de la invención de la imprenta eran pocos los libros, y su forma no se prestaba para conservarlos, de modo que los romanistas encontraron pocos obstáculos para llevar a cabo sus propósitos” (CS 66-67).

“Siglo tras siglo la sangre de los santos había sido derramada. Mientras los valdenses sucumbían en las montañas del Piamonte ‘a causa de la Palabra de Dios y del testimonio de Jesús,’ sus hermanos, los albigenses de Francia, testificaban de la misma manera por la verdad. En los días de la Reforma los discípulos de ésta habían sucumbido en medio de horribles tormentos. Reyes y nobles, mujeres de elevada alcurnia, delicadas doncellas, la flor y nata de la nación, se habían recreado viendo las agonías de los mártires de Jesús. Los valientes hugonotes, en su lucha por los derechos más sagrados al corazón humano, habían derramado su sangre en muchos y rudos combates. Los protestantes eran considerados como fuera de la ley; sus cabezas eran puestas a precio y se les cazaba como a fieras” (CS 314).

“Con la huida de los hugonotes quedó Francia sumida en general decadencia. Florecientes ciudades manufactureras quedaron arruinadas; los distritos más fértiles volvieron a quedar baldíos, el entorpecimiento intelectual y el decaimiento de la moralidad sucedieron al notable progreso que antes imperara” (CS 322). “Un fanatismo ciego e inexorable echó de su suelo a todos los que enseñaban la virtud, a los campeones del orden y a los honrados defensores del trono; dijo a los que hubieran podido dar a su país ‘renombre y gloria’: Escoged entre la hoguera o el destierro. Al fin la ruina del estado fue completa; ya no quedaba en el país conciencia que proscribir, religión que arrastrar a la hoguera ni patriotismo que desterrar. Todo lo cual dio por resultado la Revolución con sus horrores” (CS 322).

Luego viene el juicio final. “Había llegado una crisis en el gobierno de Dios. La tierra estaba llena de transgresión. Las voces de los que habían sido sacrificados a la envidia y odio humanos estaban clamando bajo el altar por retribución. Todo el cielo estaba preparado para ponerse en marcha a favor de los elegidos... Dios no tenía sino que hablar, y habrían habido truenos, relámpagos, terremotos y destrucción” (RH 5-7-17). Y finalmente se describe su recompensa: “Entre la multitud de los rescatados están los apóstoles de Cristo..., y con ellos la inmensa hueste de los mártires; mientras que fuera de los muros, con todo lo que es vil y abominable, se encuentran aquellos que los persiguieron, encarcelaron y mataron” (CS 725).

Pueden visitar en youtube la historia de los Albigenses contada desde el mismo lugar donde vivieron, con sus viejos castillos y refugios que buscaron para protegerse.

English

<https://www.youtube.com/watch?v=rt39AUHmd2U&list=PLzgDpfk23LvC3u9qdlfICAS4Wo2bGWjj>

Spanish

<https://www.youtube.com/watch?v=UZcf2qE2EL0&list=PLzgDpfk23LvDbJoV-2IM8LtQWLxhlkkmM>